

LA LUZ DEL PORVENIR

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—Magnífico llamamiento.—A las mujeres del siglo XIX.—A Isabel.—Dictados de los Espiritus.—Una historia de lágrimas.—La mision del nombre.

MAGNÍFICO LLAMAMIENTO

Copiamos á continuación el artículo de Rosario de Acuña publicado en «Las Dominicales del libre pensamiento» el 10 de Diciembre último, y aunque ya ha perdido la oportunidad del momento: dice tantas verdades y está tan bien escrito, que no titubeamos en reproducirlo en LA LUZ DEL PORVENIR por que admiramos todo lo que es grande, noble y generoso; y estamos identificados con los ideales del progreso universal que sustenta Rosario de Acuña, debiendo advertir para evitar falsas interpretaciones, que LA LUZ DEL PORVENIR no tiene ningun color político, absolutamente ninguno; pero si se une á todas las manifestaciones del libre pensamiento, y ha enviado al director de «Las Dominicales» 1452 firmas con su importe correspondiente, creyendo muy justo asociarse á la manifestación de la España libre pensadora, pues siendo la escuela espiritista la más avanzada del siglo XIX, es lógico que se una con los obreros del progreso universal.

À LAS MUJERES DEL SIGLO XIX

Hermanas mías: Vosotras, en primer término, las que pudiérais llamaros mujeres de LAS DOMINICALES, no con menos razón que las llamadas *mujeres de la Biblia* y *mujeres del Evangelio*, Luisa Cervera, Dolores Navas, Cándida Sanz de Castellví, Valentina Muñoz de Maynou, Adela Pardina de Infante, Josefa Overtin, Braulia Igea, Juliana Barrios, Cristina Redal, Encarnación Ramirez, Luisa Hidalgo, Amalia Domingo Soler, Carmen Piferrer y Angela de Sira, que con vuestra pluma, inspirada en los más generosísimos pensamientos, contribuís poderosamente á sostener el espíritu liberal en el pueblo español; y vosotras, en segundo lugar, las que con vuestras adhesiones, por cientos contadas, y vuestras firmas al pie de las adhesiones masculinas, sois dique incommovible á las iras impías de las ideas teocráticas; y por ultimo, vosotras, todas las que en el silencioso retiro del hogar, de donde ha de surgir la nueva era, sentís en vuestras almas el latido de este siglo, y respiráis esta atmósfera regeneradora, que comienza á estremecer las sociedades, anunciando á la mujer que su

sitio está al lado de la libertad y del progreso: ¡oid á la última de vosotras en mérito y altura, á la primera de todas en entusiasmo y fé!

Una á modo de niebla, llena de hielos y de oscuridades, rodea nuestra patria. Sus pliegues, deslizándose desde la rotonda de San Pedro de Roma, tejidos por el dogma católico, é impulsados por la soberbia más inusitada que cabe en un cerebro desvanecido con la adulación de diez y ocho siglos, pugnan por extenderse, destructores é infecundos, sobre esta pátria nuestra, donde el sol parece que eligió su nido y la Naturaleza canta sus amores. En esa estéril noche que intenta rodearnos, ¿sabéis lo que viene para nosotras? Las argollas del esclavo, los escarnecimientos del bruto, las vejaciones del paria, ¡Sí, hermanas mías! el catolicismo, rigiendo la sociedad, es la esclavitud, el rebajamiento y la humillación para la mujer; los varones, dentro de esta secta, podrán acaso individualmente (aunque es difícil), por causas ajenas y aún contrarias al dogma que profesan, considerar á la mujer como su semejante, ¡alto ideal que toca á nuestro sexo defender, aun á costa de cien siglos de tormento! pero la doctrina, la esencia, *el alma católica*, nos lleva á ser montón de carne inmunda, cieno asqueroso que es necesario sufrir en el hogar por la triste necesidad de reproducirse. ¡Hé ahí el destino de la mujer católica! Fuera sofismas ridículos y necias exclamaciones del idealismo cristiano, la mujer, en la comunión de esta Iglesia, es solo la *hembra* del hombre... Carga de los padres en su juventud, procuran hacerla antes bella que útil, antes sagáz que digna, antes vanidosa que honrada, antes sensual que inteligente, antes mercadera que trabajadora, viniendo á colocarla en las contrataciones sociales como deleite impuro de los sentidos, no como chispa luminosa de las inspiraciones. La sociedad la compra por su carne, ó por su oro, y la esposa se levanta en un hogar maldito, de donde el amor avergonzado huyó al entrar en él la lubricidad ó la avaricia; la sierva surge donde muere la amada; y la esposa, en el mundo católico, lleva durante su vida entera dos cadenas anudadas á su garganta: una, la del desprecio, cuando no la del ódio de su marido; la otra, la de los vicios, que haciendo presa en ella, por una debilidad *impuesta* desde su misma cuna con una educación infame, se la enroscan en el seno, hasta dejarla sin piedad y sin conciencia: las dos más altas prerogativas del alma humana. Y sin conciencia y sin piedad, ¿cómo ha de existir la madre! Peor que la de las fieras, pierde, con frecuencia, hasta el instinto heredado de la animalidad, que obliga á amar á los hijos más que á la propia vida, y la madre católica se alza en todo su esplendor, separando el corazón de los hijos del corazón del padre, y sosteniendo en lo más íntimo del hogar, con la tenacidad propia de una ignorancia completa, la horrible tea de la discordia, al colocar entre ella, su marido y sus hijos, esa figura negra, sonriente con placideces de máscara, llena de perdones, y aun de alegrías, para las más repugnantes faltas, con tal de hacer de tercera en la sublime asociación matrimonial, adonde la mujer lleva el último germen de disolución, al llevar, con vanidades de arrepentida, las absoluciones del confesionario. Y habiendo sido de virgen fatua, necia é inútil, y de esposa esclava numerada, señuelo de ambiciones, juguete de libertinos y cómplice de errores; y de madre núcleo de antipatías, semillero de rencillas y potencia de enemistades, llega á la edad más noble de la vida, cuando todas las décadas de los pasados años deberían asegurarla, con sus recuerdos, el haber sido útil, precisa y amada, como cumplía á su destino de mitad humana, y se encuentra con que solo por excepcion ha sido semejante del hombre; y que al principio, buscada por lujuria, vanidad ó interés, más tarde sufrida por lástima ó por cálculo, y por último, respetada por rutina ó por ocasión, ha consumido su existencia toda sin llevar al engrandecimiento de la especie un átomo siquiera de trabajo fertilizante; antes bien, sirviendo de rémora incansable á la gran nave humana, que marcha sobre el Océano de los siglos, con rumbo hácia

Dios por la ruta de las perfecciones... ¡Éé aquí la mujer en el seno del catolicismo!

Vosotras, que habéis sacudido el yugo de esa Iglesia, con la valentía propia del que no teme á nada más que á su conciencia, y esta se inspira en el más puro amor á la humanidad; vosotras, que estais enfrente del catolicismo como muralla viva, palpitante, llena de efluvios generosísimos y de abnegaciones sublimes; vosotras, que habéis levantado bandera de rebelion, ¡qué es bandera divina! puesto que por ella ha venido subiendo la vida desde el zoofito al pájaro, desde el hotentote á Newton, desde el siervo al ciudadano, desde el instinto á la inteligencia, desde el egoismo al amor; vosotras, que llevais ya en vuestro cerebro el resplandor de la futura sociedad, sobre otras bases constituidas y hacia otros fines encaminada, medita en la empresa: ved que en nosotras se fijan las esperanzas más grandes de la regeneracion española, y acudid en compacta muchedumbre á unir vuestras-femeninas voces al grito varonil que la patria liberal va á levantar en son de protesta contra el mundo católico.

La libertad es nuestra redencion. Este siglo XIX, servido por las ciencias fisico-químicas, alentado por el gran principio de la equidad, sintiendo el amor, no en paraísos de alucinados, sino en las supremas leyes de la Naturaleza; caminando con plena conciencia de que avanza á suprimir el dolor y á eternizar la vida, ha levantado á ta mujer desde los linderos de la bestia á las fronteras del ángel, y aquellos que mecieron la cuna de este siglo en las postrimerias de su antecesor el XVIII, aquellos que esculpieron con letras imborrables sobre el corazon de la humanidad los derechos del hombre, los hijos del 92, levantaron á la mujer en el trono de las responsabilidades, ¡que es el trono de la libertad! al hacer rodar las cabezas femeninas bajo el cuchillo de la guillotina, como si quisieran demostrar al mundo que aquellos cerebros que mezclaban su sangre con la sangre de los girondinos eran capaces de mezclar sus pensamientos con todas las inteligencias varoniles del género humano. ¡Allí, sobre aquellos enrojecidos paños del cadalso de la revolucion francesa, quedó para siempre realizada la fusion intelectual de las dos naturalezas, y desde aquellas terribles gradas por donde subieron la juventud y la ancianidad, la belleza y la gracia, la sabiduría y el candor, cantando el himno de la emancipacion al marchar hácia la eternidad, corrió, ¡y aún corre! anchísimo reguero de excelsitudes para la personalidad de la mujer!... ¡Unios á los herederos de aquella gran epopeya, en donde comenzó á lucir el sol de un nuevo mundo, que ya no tendrá por eje la tiara, ni por secuaces las maldiciones bíblicas, ni los crímenes jesuíticos! Aquí, en nuestra patria, comienzan á estremecerse las conciencias: ya se hierguen, ya preguntan, ya analizan, ya sienten el soplo de la vida moderna aquí; aunque ha tardado cerca de cien años en atravesar nuestras fronteras, viene henchido por las brisas meridionales de vigo-res irresistibles, y de energías asoladoras. Un grupo de hombres, ¡qué importa quiénes sean! hoy empuña con mano potente la bandera de alistamiento para caminar al combate, é impulsados por la muchedumbre, más bien que guiándola, llevan los ideales del siglo de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, tan pequeños individualmente considerados como grandes por lo que representan. El viento de las revoluciones acaso arranque de sus manos la enseña, pero esta ya no podrá ser jamás pisoteada por el mónstruo de la reaccion, si en torno de sus flotantes pliegues se agrupan, como invencible trinchera, los corazones de las mujeres españolas, de las hijas de aquellas mujeres de Sagunto, Numancia y Zaragoza, que cuando ya los hombres rodaron vencidos, trémulas de espanto y de pena, pero llenas de fé y de valor, desgarrado el ropaje, sangriento el desnudo seno, apretando en sus brazos á sus inocentes hijos, supieron arrojar á las llamas, antes que entregarse al vencedor, ó supieron detenerle. con un arranque heróico, levantándose sobre montones de cadáveres para hacer vomitar la metralla á los desmontados cañones.» Y esta enseña que hoy se tremola bajo

el lema de LAS DOMINICALES DEL LIBRE PENSAMIENTO, es la de nuestro siglo, la de nuestra emancipación, la de nuestra dignidad; ella nos ofrece la llave sagrada para recoger del santuario de la vida los derechos de la mujer á los dones del racionalismo. Nada importa que la excepcion individual haga de un repúblico librepensador (cosa difícil, si lo es en conciencia) un tirano ó un impío; el dogma, la esencia, *el alma* de la libertad, lleva en su primer capítulo la consideración de la mujer como semejante del hombre. A la doncella la dice.—No te *vendas* ni por oro, ni por hambre, ni por vanidad, ni por miedo, ni por holgazanería; debes *darle* por amor. La humanidad tiene el derecho á tu trabajo y el deber de remunerártelo. El estudio, la carrera, el oficio, compatibles con tus pudores, son tuyos, exclusivamente tuyos: tu defensa no es tu debilidad, ni tu impudicia, es tu inteligencia. El amor sexual no es tu único destino; antes de ser hija, esposa y madre, eres criatura racional, y á tu alcance está lo mismo criar hijos que educar pueblos. ¡Alza, pues, tu frente y mira el horizonte ilimitado á tu actividad de sér pensante! Tu misión es *paralela* á la del hombre: *entre los dos* tenéis que mejorar la especie, y tan necesario es que tu cerebro *piense* como que *sienta* el corazón masculino: la vida es una repartida en los dos sexos, y jamás nacerá el hombre en el apogeo intelectual, sin que su *mitad*, que es la madre, con cuya sangre (como medio insustituible) se desarrolla, hasta llegar á ser humano el embrión de la vida orgánica, ofrezca el mayor cúmulo de perfecciones. Tienes, pues igual sitio en las sociedades, que mal que les pese, tendrán que otorgártelo de derecho, en cuanto pongan de acuerdo sus leyes con las de la Naturaleza. Hija, no se te educará para una venta infame, sinó para una existencia independiente. Esposa, serás considerada como mitad del hombre, y vuestros juramentos, tomados con igual seriedad por ambas partes, serán tenidos por valederos en el uno y en el otro, y el castigo del perjurio caerá igualmente sobre las dos cabezas. Madre, no abarcarás más fin que el mayor bien de tus hijos, y como ni te vendiste, ni fuiste humillada, tus hijos ni podrán despreciarte ni compadecerte, viniendo á ser para ellos el tipo sublime de la dignidad femenina; y en el último instante de tu vida, dirás al morir:—Serví á la humanidad; la dí primero mi trabajo y mi inspiración, después mi amor y mis hijos, por último mi inteligencia; he contribuído al glorioso triunfo de la vida sobre el planeta.

Hé aquí la ancianidad femenina coronada por el racionalismo con diadema inmortal... Pues bien, este ideal está escrito en esa bandera que se tremola en nombre de la República y de la libertad de pensamiento, dos libertades unidas bajo un solo tronco; el de la regeneración española. ¿No querréis defenderla, hermanas mías?... ¡Ay! sí, ya oigo rumor de cien voces dispuestas á morir antes que el enemigo llegue á tocar la sacrosanta enseña! Agrupáos en torno del ideal de nuestro siglo, no dejéis que se extiendan las sombrías nieblas que surgen del Vaticano; protestad del pasado; del mundo viejo; del mundo podrido, que llamó á la mujer, *vaso de inmundicias; escorpión de cien cabezas; el mayor de todos los demonios*, y otros mil epítetos pronunciados por las bocas de los llamados *santos padres del catolicismo*; acordáos de que hubo un concilio de eminencias de la secta, en el que, solo *por tres votos*, se aprobó que el alma de la mujer era superior á la del animal, y mandad á Roma vuestra protesta. Firmad, y jurad sobre vuestra firma, arder mil veces como las numantinas, antes que rendirse al enemigo; firmad, hermanas mías, y que este siglo que nació bautizado con la sangre de los revolucionarios franceses, confirme sus maravillosas conquistas con las energías indomables de las mujeres españolas... Algunas de vosotras, las que en repetidas ocasiones me habéis preguntado—¿qué tenemos que hacer para llegar al vencimiento?—hé aquí mi contestación—Unirnos hoy alrededor de LAS DOMINICALES, mañana en donde luzca á mayor altura y con mayor viveza el ideal que nos lleve á la dignificación; unirnos, y llevar á la práctica nuestra creencia. —¿Cómo?—

me diréis... ¡Ay, hermanas mías! nosotras, nuestras hijas y nuestras nietas, morirán siervas; y es en vano que el alma suba, y el entendimiento crezca; y la voluntad se acrisole, y el corazón se abnegue, antes de que el astro de la nueva era comience á lucir en el rosado oriente, el sudario de la tierra envolverá con sus pliegues sombríos los despojos de nuestros huesos! ¡La lucha hay que empezarla en nuestro hogar! ¡La rebelión hay que inaugurarla al lado de la cuna de nuestros hijos! ¡Todas las amarguras, y las humillaciones, y los trabajos, y las penas, y los sacrificios, y las anulaciones, son nuestras; y todas las felicidades, y las grandezas, y los descansos, y las satisfacciones, y las glorias, y las dignidades, serán de nuestras nietas; alejad de vosotras la más efímera y leve idea de triunfo que os seduzca con sus espejismos de dicha. Esta hora nuestra es la hora del sufrimiento; la hora de nuestras descendientes será la hora de la emancipación.

El hogar, el hombre, el padre, el esposo, el hijo, ahí está vuestro palenque; ahí está el hemicielo donde habéis de ejercitar vuestras fuerzas; no tenéis otro campo de batalla; hoy por hoy no tenéis otro sitio de mayor extensión para vuestra actividad organizada.

Hé ahí el hombre, combatido por cien y cien opuestas tendencias, decadente unas veces, otras ensoberbecido con infulas de Dios, siempre vacilando ¡jamás creyente!

Hé aquí esta España, la de los grandes hombres llenos de ambiciones pequeñas, roída por las inmortalidades, resquebrajada en mil partidos, sin norte ni sosiego, hambrienta y ostentosa, escéptica y sensual, fatalista y engreída, caminando á la ventura llevada por manos indecisas, petulantes ó criminales; ¡esta España masculina puede ser inspirada por vuestros sentimientos, despierta por vuestras frases, engrandecida por vuestras costumbres, que el sol y las mujeres de España siempre fueron el alma de sus instituciones! Llevad á su seno la fe, á su inteligencia la severidad, á sus acciones la pureza; sed las patricias sin mancilla, dentro de vuestro hogar. A esas vanidades femeninas, á esos refinamientos de sensualidades y de orgullos que han engendrado en las alturas sociales el agio y el negocio; ó sea el robo y la estafa, y en las honduras la holgazanería y el alcoholismo, oponed la sencilla modestia de las púdicas vírgenes, y la severa naturalidad de las castas matronas; á ese endiosamiento impuro de la mujer cortesana que todo lo sacrifica al más leve de sus caprichos, que es la semilla inagotable en los campos monárquicos, de las envidias y de las soberbias masculinas, oponed una humildad tranquila y firme, que no pida nada ni quiera nada, ni desee nada que no sea el triunfo de la libertad; y, cuando el hombre acuda falto de valor y de fé, á recogerse en la soledad de la meditación, como sibila no interrogada acudid á su lado, sea en el concepto que sea, y, con plácida sonrisa y ademán reposado, decidle:—¡Muere por la libertad!—Y cuando vuestros padres os pregunten por vuestros sueños de vírgenes, respondedles:—soñé que defendías la libertad.—Y cuando vuestros esposos se acojan al lecho nupcial, preguntadles:—¿defendiste la libertad?—Y cuando vuestros hijos, balbuceando los primeros conceptos, os pidan la razón de la vida, contestadles:—¡hijos, la razón de la vida es la libertad!—Y sin cesar con vuestros pensamientos, y vuestras palabras, y vuestras acciones; y en vuestros cariños, y en vuestra juventud, y en vuestra vejez; sin cesar combatiendo por ella; hoy haciéndosela amar al hombre; mañana consiguiendo imponerla en las leyes; más tarde haciéndola consagrar en las costumbres, llegará un día en que la mujer la verá guiando como sol de su alma todos sus destinos sobre la tierra.

Y las que sin hogar vean palidecer sus vidas: las que todo lo hayan dado á la desolación, y como aquellos cuerpos sin almas que, muertos estaban en pié según las frases del inmortal Becquer subsisten sin más familias que la humana, colóquense en primera línea, para que si la saña de los enemigos trajese á nuestra patria una hora

sangrienta, seamos las víctimas en las aras donde habrá de purificarse el ideal, viniendo á servir nuestros inútiles restos para amurallar el recinto donde brilla inmaculada la antorcha de la libertad.

Venid ¡hermanas mías! con vuestro pensamiento, á contribuir á la gran obra de la redención de la mujer... ¡Nuestro pensamiento! ¡Hé aquí lo único libre, sin traba alguna que ha conquistado, Dios sabe á costa de cuántos martirios, la mujer del presente! Servíos de vuestro pensamiento por la escritura expresada para barrenar el inmenso talud que nos separa del porvenir, luchemos en el seno de la sociedad con nuestra pluma, en el fondo de nuestro hogar con la perseverancia, y abramos el camino de la victoria á nuestras descendientes. Que todas las energías de nuestra alma, y todas las ternuras de nuestro corazón, y todas las altezas de nuestra inteligencia vivan solo para este ideal, y que esa mujer futura, que como sueño de infinitas bellezas se levanta en los siglos venideros, ceñida su frente con el limbo de la racionalidad, al volver sus ojos hácia nuestra memoria, nos salude con una bendición inmortal, que resonando en las altas cumbres del templo de la historia, reconozca al siglo XIX por el siglo de la emancipación de la mujer!

ROSARIO DE ACUÑA.

À ISABEL

Eres niña, y por mis años
Ya puedo darte consejos;
Que el tiempo y los desengaños
Dan esperiencia á los viejos.

Solo un amor hija mía
Hallarás en este mundo,
En él es todo poesía:
Y no hay otro mas profundo.

Quizá mañana dichosa
Llegues ante los altares,
Con el título de esposa
Coronada de azahares.

Tal vez tierno pequeñuelo
En torno de tí sonría;
Y creerás que existe el cielo
Al decirte él: ¡madre mía!

Más ni el hijo ni el esposo,
Ni el mas amoroso padre:

Te brindarán el reposo
Que dá el amor de una madre.

Tú que la tienes muy buena,
Qué su vida ha consagrado
A evitarte amarga pena,
Que en tí su amor ha cifrado:

Que ha rehusado nuevos lazos
Que le brindara himeneo,
Y el estrecharte en sus brazos
Es su mas puro deseo:

Recompensa su ternura
(Que no sabes lo que tienes;)
Que una madre noble y pura,
¡Es el mayor de los bienes!

Amala, sigue su huella
Y así irás del bien en pos;
Siendo tu polar estrella
¡Porqué es la imágen de Dios!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

DICTADOS DE LOS ESPÍRITUS

El hombre, pobre náufrago que lucha
Contra las olas del revuelto mar,
Caminante extraviado que en el golfo
Vé su mísera barca zozobrar,

Cree muy lejano el cielo que contempla
Prometiéndole esperanza á su temor;
Muy lejana la tierra donde espera
Encontrar un abrigo á su dolor.

Vacila, tiembla, duda y desconoce
En qué debe esperar, en qué creer,
Es la mar más versátil de su vida,
El piélago movable de su fé.

Como el árabe triste en el desierto
Y como el reo de muerte al sucumbir
Tiene sed, y se aleja de la fuente:
Y al volver á nacer teme morir!

¡Qué sombras, qué tinieblas, qué torpezas,
Esparce la materia en la región
De esta alma, todo luz, todo evidencia
Que Dios á los vivientes concedió!

Sol de la eternidad, sobre esas sombras
Por siempre esparcirás tu clara luz;
Los séres los espacios
Serán eternos como lo eres tú.

Venturosos nosotros que sabemos
Que la nada es un mito nada más,
Y que hemos de llegar á las regiones
Do se halla Dios, el Todo universal.

Medium, Laureana Weight de Kleinhans.

UNA HISTORIA DE LÁGRIMAS

Era una noche rigorosa de invierno. Como el lúgubre gemido de un moribundo se oían los silbidos del viento. En una hermosa casa de campo, á orillas del Guadalquivir, se hallaban dos señoras. Sentadas ante una chimenea en la que ardían algunos trozos de leña, teniendo el siguiente diálogo:—Hace días madre mía, recordarás me prometiste contarme la historia de aquella pobre niña que conociste en vista Alegre.—¡Ah! Ya recuerdo: hablas de Camila. Pues bien, te la contaré durante la velada. “La primera vez que ví á Camila fué una tarde en el jardín de vista Alegre, recuerdo que su angelical figura, la tristeza que se retrataba en su semblante atrajo de tal manera mi atención, que adelantándome hácia ella la dije:—Hija mía, tú sufres, si en tu corazón hay algún pesar causa de tu melancolía y tristeza, yo te ruego me lo digas para consolarte.—La pobre niña al oír el acento cariñoso con que le hablaba, se conmovió y sus negros y hermosos ojos se llenaron de lágrimas.—Vais á saber buena señora,—me dijo,—la causa de mi honda pena.—Al nacer perdí á mi desgraciada madre; una infeliz viuda que vivía en compañía nuestra, compadecida de verme sola, sin amparo de nadie, y á pesar de su pobreza, me recojió y me crió como á una propia hija.—Apenas tendría yo ocho años de edad cuando mi pobre madre adoptiva cayó enferma, y tuve que salir á la calle á im-

plorar la caridad pública.—Aun seguía en cama presa de su terrible enfermedad, cuando un día me hizo sentar á la cabecera de su humilde lecho y llevando una de mis manos á sus lábios me habló en estos términos:—Hija mia, tu verdadera y desgraciada madre, me confesó momentos antes de morir que tu padre era un rico labrador de Andalucía, que aunque tan cruelmente la habia seducido y abandonado hizo cuantos esfuerzos estaban á su alcance para ver si lograba que tu padre tuviera un rasgo de compasión hácia ella, pero todo fué en vano: á sus ruegos y lágrimas se mostraba insensible.—Después, exhaló un suspiro, te estrechó en su pecho y entre lágrimas y besos espiró la pobre víctima con la resignación del mártir.—La inocente Camila, no pudo contener las lágrimas que rodaron por sus pálidas mejillas.—Vaya hija mia, no llores más,—la dije,—comprendo tu inmenso dolor y la herida que ha causado en tu corazón la relación que acabas de hacerme de la historia de tu infortunada madre, pero el mal no tiene remedio, y es preciso que hoy paguemos deudas contraídas en anteriores existencias; cuyas causas nos traen los sufrimientos actuales.—¿No conoces hija mia, la Doctrina Espiritista? pues en ella, únicamente en ella, encontrarás un bálsamo consolador para las heridas de tu afligido corazón.—No olvides mi pobre consejo, y cuando vuelvas otra vez á este sitio, acuérdate de lo que te he dicho.—Ten fé en Dios que no abandona á ninguno de sus hijos, y resignate con la suerte de tu destino, que cuando hayas apurado hasta las heces el caliz de tu amargura serás más feliz de lo que tú imaginas.—La dí una moneda de plata que la hizo asomar á sus ojos una lágrima que encerraba todo un poema de ternura y amor.—Los últimos resplandores del crepúsculo vespertino se perdian en el horizonte cuando me retiré de aquel sitio con el corazón oprimido.

Hé aquí hija mia, la verídica historia de la pobre Camila. ¡Cuanta razón tenemos en decir, que cada criatura es una página mas ó menos triste de la humanidad. Ahora bien, si todos estudiáramos las causas de nuestros sufrimientos y nos acordáramos “que no hay deuda que no se pague,” entonces no habría con seguridad tantas lágrimas que derramar y tendríamos mas conformidad con las miserias de la vida.

Andujar 11 de Octubre 1887.

CÁRMEN BURGOS

LA MISIÓN DEL HOMBRE

Vive el bruto feliz teniendo un prado
 Que le dé fresca yerba por despojo;
 Por que el hombre, que es rey de lo creado,
 Sueña otro mundo que no ven sus ojos?
 Si es cual dice la turba descreída
 Igual en su misión al bruto, al ave,
 ¿Por qué al nacer, su mente enardecida
 De su fin primordial busca la llave?
 En vano esa vil turba te mancilla,
 Humana raza, que es tu origen santo:
 La luz del alma en tu semblante brilla,
 De la inmortalidad te cubre el manto.
 Pues eres del Señor la obra primera,
 No sueltes tu corona soberana,
 Imita á Dios y en su favor espera,
 Porque tras de la tumba está el mañana.

ANGELA GRASSI.